

# Jesús en dos momentos

**D**E ENTRE LOS MUCHOS MOMENTOS EN QUE LA VIDA NOS acercó, escojo dos. En el primero lo veo retratado en la prensa cubana, seguramente algún día de febrero de 1966. Acaba de ganar el premio Casa de las Américas en el género de cuentos con su primer libro, *Los años duros*, En las fotos, a pesar de su seriedad, se ve muy joven, aun más que yo, incluso cuando sonrío. Y es precisamente esa visible diferencia de edades lo que hará que me apresure a terminar el manuscrito, también de cuentos, que he estado escribiendo con cierta morosidad; es su rostro de veinticinco años lo que me hace comprender que para uno iniciarse en la carrera de escritor es más tarde de lo que pienso. Pasados unos meses y con esas curiosas simetrías en que reincide la vida, es ese mismo rostro, ahora a título de ser el de uno de los jurados del concurso Casa de las Américas, el que me felicita y me pide un cuento de mi premiado *Tute de reyes*, para publicarlo en la revista que entonces dirige, *El Caimán Barbudo*.

El segundo momento que me viene a la mente corresponde a una noche de noviembre de 1999. El simposio sobre la presencia de Cuba en la historia de los Estados Unidos, organizado por él y celebrado en la Universidad de Nueva York, había terminado exitosamente. Acabábamos de cenar y, al entrar en el hotel, nos quedamos junto a la puerta giratoria para comentar una vez más la calidad general de los trabajos leídos. Sin duda contribuirían a darle peso al próximo número de *Encuentro*. Fue entonces cuando me anunció que muy pronto la revista tendría además una publicación electrónica. Más aún, dada la vasta red de colaboradores con que ya contaba, creía que era factible salir al ciberespacio con un número semanal que fuera adelantando ciertos materiales de la edición impresa y, al mismo tiempo, publicara y comentara lo que ocurría en el mundo que pudiera tener especial interés para los cubanos, dentro y fuera de la isla. Naturalmente, no se abandonarían la línea cultural abierta a todas las

Antonio Benítez Rojo

voces y opiniones que con tanto éxito se había seguido. Pero todavía más —dialogábamos mientras encendíamos bajo el frío un cigarrillo tras otro—, ¿por qué no pensar que la frecuencia de publicación podía acelerarse, digamos dos veces por semana, tres, incluso cuatro, y así las cosas, por qué no imaginar que nuestro *Encuentro* electrónico podía salir diariamente, esto es, llegar a ser nada más y nada menos que el primer diario verdaderamente libre de Cuba? ¿Y qué título tendría? ¿Qué tal *Encuentro en la Red*? Y así empezaría a desarrollarse una idea que ya hace más de un año que se hizo realidad.

Recuerdo que esa noche pensé mucho en Jesús. Pensé que de todos los escritores cubanos, tanto de su generación como las de aquéllas que la precedían, era el más profundamente interesado en la política, opinión que aún sostengo. Desde sus cuentos de *Los años duros* hasta *Siberiana* —que era entonces su última novela—, pasando por su obra cinematográfica y sus numerosos ensayos, artículos de prensa y entrevistas, no había hecho otra cosa que escribir y hablar de política. No me refiero aquí a esos comentarios, tan frecuentes entre nosotros los cubanos, que van dirigidos contra el gobierno de Fidel Castro con mayor o menor vehemencia o, hechos desde Cuba, se lamentan de prohibiciones o escaseces. Me refiero a la política en tanto ciencia, en tanto arte de dominar o conspirar, en tanto estrategia de poder o de resistencia a éste. En ese sentido vi claro esa noche que, si bien el amor de Jesús por la literatura era genuino, no lo era menos su vocación por la política. De una y de otra había hecho una sola profesión, distinguiéndose en ella como el que más. *Encuentro* era sencillamente el complemento más visiblemente político de su obra, aquello que por su directa forma y contenido cabía mejor en el género periodístico que en el narrativo. Pero sobre todo se me hizo evidente el destino final de *Encuentro en la Red*: llegado el momento de los grandes cambios en Cuba, su aparato de redacción estaría listo para transformarse y lanzar a la calle —como lo hizo el periódico *Revolución* a la caída de Batista— el diario impreso que abriría el paso a los nuevos tiempos, los de la Nueva Constitución. Sólo que esta vez el diario no estaría al servicio de las ambiciones de un grupo de aventureros sino de un pueblo, de una cultura. En todo eso pensé aquella noche de noviembre. Me dormí con la convicción de que entre las personas que juzgaba más capaces de dirigir la futura prensa cubana —ejercicio necesariamente complejo dada la situación— estaba en primera línea Jesús Díaz.

Atrapados entre estos dos momentos en que he recordado a Jesús hay treinta y tres años de amistad zanjados por largas separaciones. Ciertamente, la distancia que impone el Atlántico —él en Madrid y yo en un pueblo de Nueva Inglaterra— fue disminuyendo entre nosotros, si no en lo material al menos en lo afectivo. Pienso que ambos llegamos a sentir por el otro esa profunda comprensión que, más allá de las palabras, une a gente ya madura que ha pasado por trances semejantes. Paradójicamente, en nuestro caso el escritor más joven desapareció primero. Pero ahí está su obra, y sobre todo su *Encuentro*, el lugar donde nos ha dado cita.